

Los desaparecidos

JOSÉ GÜICH RODRÍGUEZ

Universidad de Lima

jguich@ulima.edu.pe

Manuel A. Bedoya (Lima, 1888 – Santiago, 1941), es uno de esos casos singularísimos dentro de la narrativa peruana. Hasta hace unos cuantos años, apenas una que otra mención acerca de su trabajo literario daba cuenta de su existencia y casi siempre a pie de página o en tono menor y hasta peyorativo. Sin embargo, desde que en 2017 el crítico Elton Honores rescatara *El hijo del Dr. Wolfan. Un hombre artificial* (una novela fundacional de la ficción especulativa en Hispanoamérica), a cien años de su lanzamiento en Europa, la figura de este escritor se ha convertido en más que una velada referencia. Actualmente, es una pieza clave en la comprensión de cómo se fue edificando la narrativa moderna en el Perú. Autor elusivo del cual poco se sabía –pues casi toda su producción fue publicada lejos de su tierra de origen–, hoy Bedoya es revisitado por nuevas generaciones de investigadores que hallan en él a un pionero de prácticas narrativas y géneros considerados periféricos durante mucho tiempo.

Opositor feroz de Leguía, debió salir del país tempranamente, iniciando así un exilio que lo llevaría a residir en Europa desde los días previos a la Gran Guerra. De pluma ágil y flexible, encontró un espacio en la naciente industria española del libro. Es en ese período que comienza a trabajar en textos adecuados a la demanda de un público ávido por las historias trepidantes y la intriga sin concesiones. Los editores hallan en Bedoya a un autor ducho y bastante permeable. Nace así el primer detective creado por un autor nacional, aunque sus andanzas no transcurrieran en estas tierras, sino en un mundo sofisticado y cosmopolita. Mack-Bull, norteamericano en la ficción, aparece por primera vez en *Los desaparecidos* (1914). El texto, publicado por Ediciones Altazor, dentro de la colección Ágata dirigida por Mario Suárez Simich, respeta en gran medida el original, pero adapta algunos usos a un lenguaje moderno.



Los desaparecidos

Manuel A. Bedoya

Ediciones Altazor

Lima, 2024, 174 pp.

Se asume, a partir de un *sobre-título*, que el libro abordará las “Aventuras de un millonario detective”, precisamente Bull. Esta derivación de la figura del sabueso cerebral y seguro de sus facultades –nacida durante el siglo XIX, con Poe y luego con Conan Doyle para consolidarse con Christie–, y de amplios recursos económicos, se convertirá más tarde en un modelo codificado con obvios matices. Esto ocurrirá con los personajes de Rex Stout y S. S. Van Dine (creadores de Nero Wolfe y Philo Vance, respectivamente), quienes comparten con Bull la misma nacionalidad.

Los desaparecidos, inicio de un ciclo de novelas muy exitosas en términos de venta, es narrada por un aristócrata español, que se convierte en un aliado y socio muy apasionado y por momentos, sumamente impulsivo. Esto contrasta con el carácter racional de Bull, de misterioso pasado y arraigado en los estratos humildes para luego desempeñarse como policía y luego ser un típico emprendedor *self-made-man*. Esto lo convertirá en un acaudalado viajero con total libertad de

desplazamiento por el mundo, en busca de emociones y justicia.

Es muy llamativo que Bedoya se adelantara a esos perfiles, aún incipientes en el policial norteamericano, cuando nació Mack-Bull. Es, por otro lado, una apropiación por momentos artificiosa de los ambientes de salón y de las jerarquías sociales imperantes en Francia o España antes de la Primera Guerra Mundial. Desarraigado del Perú, Bedoya parece hacer eco de aquello que llenaba las páginas de los diarios –otra floreciente industria– con crónicas rojas plagadas de bandas de secuestradores, ladrones y toda una galería pintoresca del hampa de su época. Incluso aparece un oponente poderoso, una suerte de Moriarty –el rival encarnizado de Holmes–. Se sugiere que este delincuente, Gondelomar (quizás un guiño a Valdelomar), será la némesis del héroe. Otra de las fuentes de Bedoya en la creación de escenarios es el cine, que durante la década de 1910 era buen nutriente para un tipo de novela más cercana a los gustos e intereses de las clases emergentes. En tal sentido, presentar a individuos adscritos a sectores privilegiados, pero otrora humildes o marginados, alimentan el mito de que al fin y al cabo el ascenso social es posible.

Mack-Bull, por momentos un prototipo de la lógica y de la eficacia deductiva, representa la consolidación de un anhelo: un hombre surgido de la oscuridad marginal se convierte, por esfuerzo propio, en un refinado artista de la inferencia y de los poderes del intelecto. Los diversos episodios del libro, donde el movimiento constante de los protagonistas podrían parecer algo exagerados, sin pausas o puentes reflexivos, pero normalizadas dentro de los horizontes receptivos de la época –herencias del folletín decimonónico–, cumplen con la función asignada: mantener al lector atento y sin respiro ante las peripecias vividas por los personajes que nunca carecen de atractivo, dados sus rasgos, inmersos en sus destinos y revelando a cada instante muchas contradicciones humanas. Ese es uno de los grandes méritos del autor.